



Guido Stein

Profesor del IESE

Luis Valls-Taberner: un estilo de hacer banca



La vida se vive hacia delante, pero solo se entiende hacia atrás. El centenario del nacimiento del que llegó a ser el mejor banquero del

mundo, medido por la rentabilidad de los recursos propios (más alto mejor), y el más eficiente, medido por cuántos céntimos gasta una entidad para generar un euro de ingresos (más bajo mejor), me ofrece la oportunidad de escribir unas líneas sobre Luis Valls-Taberner, un barcelonés que *remenaba les cireres* en Madrid. Su modo de hacer banca estaba enraizado en unas convicciones inspiradas por san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, a quien conoció en su juventud.

Desde el momento de su aterrizaje en 1957, tomó el control del Banco Popular con eficacia, diplomacia y visión de largo plazo. Entre el banco y Luis se produjo una simbiosis desde la que actuó como político entre bambalinas, columnista con dosis de provocador, mecenas de los que no tenían recursos o facilitador de las vocaciones de tantos a los que trató. Hacer banca con excelencia no era para Luis un fin en sí mismo, sino un medio para servir y mejorar a las personas y a la sociedad en la que le tocó vivir. En el Evangelio aprendió que lo importante son esas personas y hacer lo correcto. Sin estas claves interpretativas básicas nos quedaríamos con un Valls romo, de plástico.

Era un observador incansable, sin juicios previos: pocas cosas le resultaban ajenas a su curiosidad contenida. Al bucear en sus archivos, pude comprobar lo que me había contado en persona: miles de recortes comentados eran testigos de una lectura inteligente de los periódicos y de las revistas de opinión. No frecuentaba los resúmenes de prensa, porque encontraba que el contexto era parte esencial de la noticia. Andaba por el banco con papel y bolígrafo en mano, esmerándose en un conocimiento original de la realidad. Sabía de qué iba la vida, porque se fijaba en los detalles.

Valls hacía que las cosas pasaran a través de otros. Su personalidad enigmática incomodaba a los que fueron mandando en España, desde Franco hasta Aznar. Les costaba entender que nunca pidiese, sino que siempre daba (salvo dinero, porque eso lo prestaba) ideas y nombres de quienes podrían ejecutarlas.

Para saber qué es lo que se venía, al comienzo de la transición se paseaba por la Casa de Campo, tomada por los comunistas en su primer día de fiesta. Por cierto, al Partido Comunista de España le financió sus campañas electorales, "porque los comunistas -me decía- siempre han sido buenos pagadores". Años después, coincidí en la sede de la presidencia del banco en el edificio Beatriz con el joven líder sindical del momento, del que Luis se había hecho amigo: sé que le preocupaba su formación personal para que fuese capaz de desempeñar mejor sus obligaciones políticas y tuviese, después, un futuro profesional.

La visita fugaz a Ferraz en 1982, cuando aún era Ferraz, la noche en la que Felipe González ganó por vez primera y por mayoría absoluta las elecciones, para ser uno de los primeros en felicitarle, no fue un movimiento táctico con eco mediático (poca gente lo entendió), sino puro estilo Valls, en defensa de la libertad que iba a seguir necesitando para proteger el banco y no dejar de hacer lo correcto: ayudar todo lo que pudo.

Para afrontar el día de cada día inflamado y confuso, Luis Valls nos dice mucho con poco: "El capital más importante del banco no está en el balance, sino en su gente"; "los bancos no se construyen solo con dinero, se construyen con personas comprometidas con una idea"; al buscar una persona para el banco, hay que descubrir en la entrevista si el banco va a ser algo importante para él"; "ustedes no saben la cantidad de dinero que hemos ganado por no tener prisa".